

Mensaje tres

Tomar medidas con respecto a nuestro corazón para el crecimiento de la semilla divina de vida en nuestro interior hasta que alcancemos la madurez en vida con miras al edificio de Dios en vida

Lectura bíblica: Mt. 5:8; 13:3-9, 18-23; Pr. 4:23; Jer. 32:39; Ef. 3:16-17

I. Debemos tomar medidas con respecto a nuestro corazón a la luz de la presencia del Señor para el crecimiento de la semilla divina de vida en nuestro interior hasta que alcancemos la madurez en vida; el corazón es el conglomerado de las partes internas del hombre, el principal representante del hombre, su agente en funciones:

- A. Nuestro corazón es una composición formada de todas las partes de nuestra alma —la mente, la parte emotiva y la voluntad (Mt. 9:4; He. 4:12; Hch. 11:23; Jn. 14:1; 6:22)— más una parte de nuestro espíritu: la conciencia (He. 10:22; 1 Jn. 3:20).
- B. Ejercitar el espíritu sólo funciona cuando nuestro corazón está activo; si el corazón del hombre es indiferente, el espíritu queda encarcelado en su interior y no puede manifestar su capacidad—Mt. 5:3, 8; Sal. 78:8.
- C. El alma es la persona misma, mientras que el corazón es la persona en acción; el corazón es el agente en funciones, el comisario en funciones, de todo nuestro ser.
- D. Las actividades y movimientos de nuestro cuerpo físico dependen de nuestro corazón físico; del mismo modo, nuestro vivir diario, la manera en que actuamos y nos comportamos, depende de la clase de corazón psicológico que tenemos.
- E. El corazón es la entrada y la salida de la vida, el “interruptor” de la vida; si el corazón no está bien, la vida en el espíritu encuentra impedimentos, y la ley de vida no puede operar libremente y sin obstáculos para alcanzar cada parte de nuestro ser; aunque la vida posee gran poder, este gran poder es controlado por nuestro pequeño corazón—Pr. 4:23; Mt. 12:33-37; cfr. Ez. 36:26-27.

II. Nuestro crecimiento en vida edifica la iglesia como Cuerpo de Cristo, lo cual ocurre por el crecimiento de Cristo como semilla de vida en nuestro corazón (1 Jn. 3:9; 1 P. 1:23; Col. 2:19; Ef. 2:21; 4:15-16; Mt. 13:18-23); necesitamos cooperar con el Señor al tomar medidas con respecto a nuestro corazón a fin de que éste sea guardado con las siguientes características:

- A. Dios quiere que nuestro corazón sea suave:
 - 1. Cuando Dios aplica Su trato a nuestro corazón, Él quita de nuestra carne el corazón de piedra y nos da un corazón de carne, un corazón suave—Ez. 36:26.
 - 2. Ser suave significa que nuestro corazón es sumiso y cede ante el Señor, que no es de dura cerviz ni rebelde—cfr. Éx. 32:9.
 - 3. Un corazón suave es la buena tierra en la cual Cristo puede crecer libremente; es un corazón que no ha sido endurecido por el tráfico mundano, que no busca su propio beneficio y que está libre de las preocupaciones de este siglo y del engaño de las riquezas—Mt. 13:3-9, 18-23.
 - 4. Dios suaviza nuestro corazón al usar Su amor para conmovernos; si el amor no puede conmovernos, Él utiliza Su mano por medio del entorno a fin de disciplinarnos hasta que nuestro corazón se vuelva suave—2 Co. 5:14; 4:16-18; He. 12:6-7; cfr. Jer. 48:11.
- B. Dios quiere que nuestro corazón sea puro:

1. Un corazón puro es un corazón que ama a Dios y desea a Dios; además de Dios, no tiene ningún otro amor, interés ni deseo—Mt. 5:8; Sal. 73:25; cfr. Jer. 32:39.
 2. Nuestro corazón debería ser sencillo para con Dios, de modo que no tengamos temor de nada, excepto ofenderlo a Él y perder Su presencia—Sal. 86:11; Is. 11:1-2.
 3. Ser puros de corazón consiste en tener como única meta hacer la voluntad de Dios para la gloria de Dios; nuestra meta debería ser el pleno disfrute de Cristo y ganarlo a Él—Fil. 3:7-14.
 4. Debemos ir en pos de Cristo “con los que de corazón puro invocan al Señor”—2 Ti. 2:22; 1 Ti. 1:5; Sal. 73:1.
- C. Dios quiere que nuestro corazón sea amoroso:
1. Un corazón amoroso es un corazón cuya parte emotiva ama a Dios, desea a Dios, tiene sed de Dios y anhela a Dios, al tener una relación personal, afectuosa, privada y espiritual con el Señor—42:1-2; Cnt. 1:1-4.
 2. Debemos volver nuestro corazón al Señor una y otra vez y dejar que sea renovado continuamente a fin de que nuestro amor para con el Señor sea nuevo y fresco—2 Co. 3:16.
 3. Toda experiencia espiritual comienza con amor en el corazón; si no amamos al Señor, es imposible recibir alguna experiencia espiritual—Ef. 6:24; Ap. 2:4-5.
 4. Nuestro amor por el Señor nos hace aptos, nos perfecciona y nos equipa para hablar por el Señor con Su autoridad; si amamos al Señor al máximo, seremos llenos de Él y Él rebotará de nosotros—Jn. 21:15-17; Mt. 26:6-13; 28:18-20.
- D. Dios quiere que nuestro corazón esté en paz:
1. Un corazón en paz es un corazón en el cual la conciencia está libre de ofensas, condenación y reproches—Hch. 24:16; 1 Jn. 3:19-21; He. 10:22.
 2. Si confesamos nuestros pecados a la luz de la presencia de Dios, recibiremos Su perdón y Su limpieza de modo que podamos disfrutar una comunión ininterrumpida con Dios al tener una conciencia buena y pura—1 Jn. 1:7, 9; 1 Ti. 1:5; 3:9.
 3. El resultado de practicar tener comunión con Dios en oración es que disfrutamos la paz de Dios, la cual en realidad es Dios mismo como paz que monta guardia sobre nuestros corazones y pensamientos en Cristo, con lo cual nos mantenemos calmados y tranquilos—Fil. 4:6-7.
 4. Necesitamos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones al perdonarnos unos a otros a fin de vestirnos de un solo y nuevo hombre—Col. 3:13-15.

III. Necesitamos ver los obstáculos que la vida de Dios encuentra en nuestro corazón:

- A. El primer problema que la vida de Dios encuentra en nosotros es que no nos percatamos de las tinieblas de nuestros conceptos humanos—2 Co. 3:14; 4:4:
1. Necesitamos ver que lo único que importa en la vida cristiana es cómo nos ocupamos del Cristo viviente en nosotros—Gá. 1:16; 2:20; 4:19; Fil. 1:19-21; 2 Co. 3:18.
 2. Ser cristianos significa no tomar como nuestro objetivo nada que no sea Cristo; muchas personas tienen dificultades en su vida espiritual después de ser salvas porque ellas no conocen la senda de la vida y no toman a Cristo como su vida—Ro. 8:6.
- B. El segundo problema que la vida encuentra en nosotros es la hipocresía—Mt. 6:2, 5; 7:5; 23:13-29:

1. La espiritualidad de una persona no está determinada por su apariencia externa, sino por la manera en que se ocupa del Cristo que mora en ella.
 2. Nuestra bondad natural es una espiritualidad falsa y en realidad es un gran impedimento para la vida; la expresión de la vida requiere que rechacemos nuestra manera natural de ser y preferencias naturales, y que simplemente le permitamos a Cristo operar en nosotros y quebrantarnos.
 3. Si siempre hacemos las cosas según nuestra manera de ser y nuestro ser natural, el resultado siempre será la hipocresía.
- C. El tercer problema que la vida encuentra en nosotros es la rebelión—2 Co. 10:4-5:
1. Cristo opera y se mueve en nosotros a fin de que estemos claros con respecto a Su voluntad y requisitos para con nosotros, y con respecto a Su dirección y Su trato con nosotros.
 2. Sin embargo, si no obedecemos, sino que actuamos en contra de la sensación en nosotros, sin aceptar la dirección que proviene de Él y sin pagar el precio, el hecho de que no estemos dispuestos y de que nos opongamos son rebeldía.
 3. El pecado que cometemos con más frecuencia y de mayor gravedad no es externo ni visible; más bien, es el pecado de desobedecer el sentir de Cristo en nosotros; Cristo vive en nosotros, y Él constantemente nos da un sentir interior de vida—Ro. 8:6; 1 Jn. 2:27; cfr. Ef. 3:1; 4:1; 6:20; 2 Co. 2:12-14.
- D. El cuarto problema que la vida encuentra en nosotros es nuestra capacidad natural:
1. Muchos hermanos y hermanas verdaderamente aman al Señor, son celosos por el Señor y son muy piadosos; no obstante, el mayor problema que ellos tienen es la fortaleza y grandeza de sus capacidades y habilidades; por consiguiente, Cristo no tiene terreno en ellos ni tiene manera de proceder en ellos.
 2. Es posible que seamos muy capaces y talentosos, pero no consideremos que esas cosas sean pecado o inmundicia; en lugar de menospreciar nuestras capacidades naturales, las valoramos; si estas capacidades permanecen en nosotros sin ser quebrantadas, llegarán a ser un problema para la vida de Cristo.
- E. Si queremos que la vida de Cristo esté libre de impedimentos en nosotros, debemos experimentar el quebrantamiento de la cruz y permitir que estos obstáculos sean eliminados y removidos—Mt. 16:24-25.

IV. Necesitamos ver los obstáculos subjetivos que la vida de Dios encuentra en nuestro corazón:

- A. El primer problema subjetivo es el problema referente a nuestra mente:
1. Si las cosas que queremos hacer se originan en nuestros pensamientos, entonces estas cosas no serán más que actividades religiosas, aunque resulten exitosas; éstas no son un testimonio del Cristo que expresamos desde nuestro espíritu en nuestro vivir—cfr. Fil. 2:5; 1 Co. 2:16; Ef. 4:23; Ro. 12:2.
 2. Aunque tenemos la vida de Cristo en nuestro interior, no cooperamos con la vida de Cristo en nuestros pensamientos ni en nuestras acciones y, por tanto, esta vida no puede ser expresada en nuestro vivir.
 3. Cuando ponemos nuestra mente en el espíritu, nuestras acciones externas concuerdan con nuestro hombre interior, y no hay discrepancia entre nosotros y Dios; Él y nosotros estamos en paz, no en enemistad; el resultado es que sentimos paz interiormente—8:6.
- B. El segundo problema subjetivo es el problema referente a nuestra voluntad:
1. Aunque nuestra mente a menudo entiende la intención de nuestro espíritu, y conocemos la voluntad de Dios, no estamos dispuestos a someternos y obedecer.

2. Es posible que entendamos, sepamos, aprehendamos y percibamos profundamente que el Señor quiere que hagamos cierta cosa, pero nuestra voluntad se niega a someterse y a rendirse, y perdemos la presencia del Señor.
 3. Tanto una voluntad fuerte como una voluntad débil con respecto a llevar a cabo la voluntad del Señor son impedimentos para la vida de Dios; una voluntad que ha sido quebrantada es fuerte así como flexible al ser subyugada y resucitada por el Señor; tener una voluntad que puede cooperar con Dios es un asunto notable—Fil. 2:13.
- C. El tercer problema subjetivo es el problema referente a nuestra parte emotiva:
1. Nuestra parte emotiva necesita tener la parte emotiva de Dios, y necesitamos entrar por completo en la parte emotiva de Dios—2 Ts. 3:5; Fil. 1:8.
 2. Deberíamos amar lo que Dios ama, nos debería agradar lo que a Dios le agrada y deberíamos odiar lo que Dios odia; nuestra parte emotiva y Su parte emotiva deberían llegar a ser una sola—Ef. 5:25; 2 Co. 12:15; 1 Co. 16:24; Ap. 2:6; Fil. 1:8.
- D. A diario necesitamos ser fortalecidos en el hombre interior para que Cristo como vida haga Su hogar en las partes principales de nuestro corazón: nuestra mente, voluntad y parte emotiva—Ef. 3:16-17.
- V. Que el Señor tenga misericordia de nosotros y abra nuestros ojos para que veamos que la obra central de Dios en esta era consiste en que el hombre obtenga Su vida y crezca y madure en Su vida; nuestra obra debería consistir en impartir y suministrar la vida del Señor a otros; únicamente la obra que proviene de Su vida puede alcanzar Su estándar eterno y ser aceptada por Él—Jn. 7:37-39a; 2 Co. 4:10-12; 1 Jn. 5:16a; 2 Co. 3:3, 6.**